

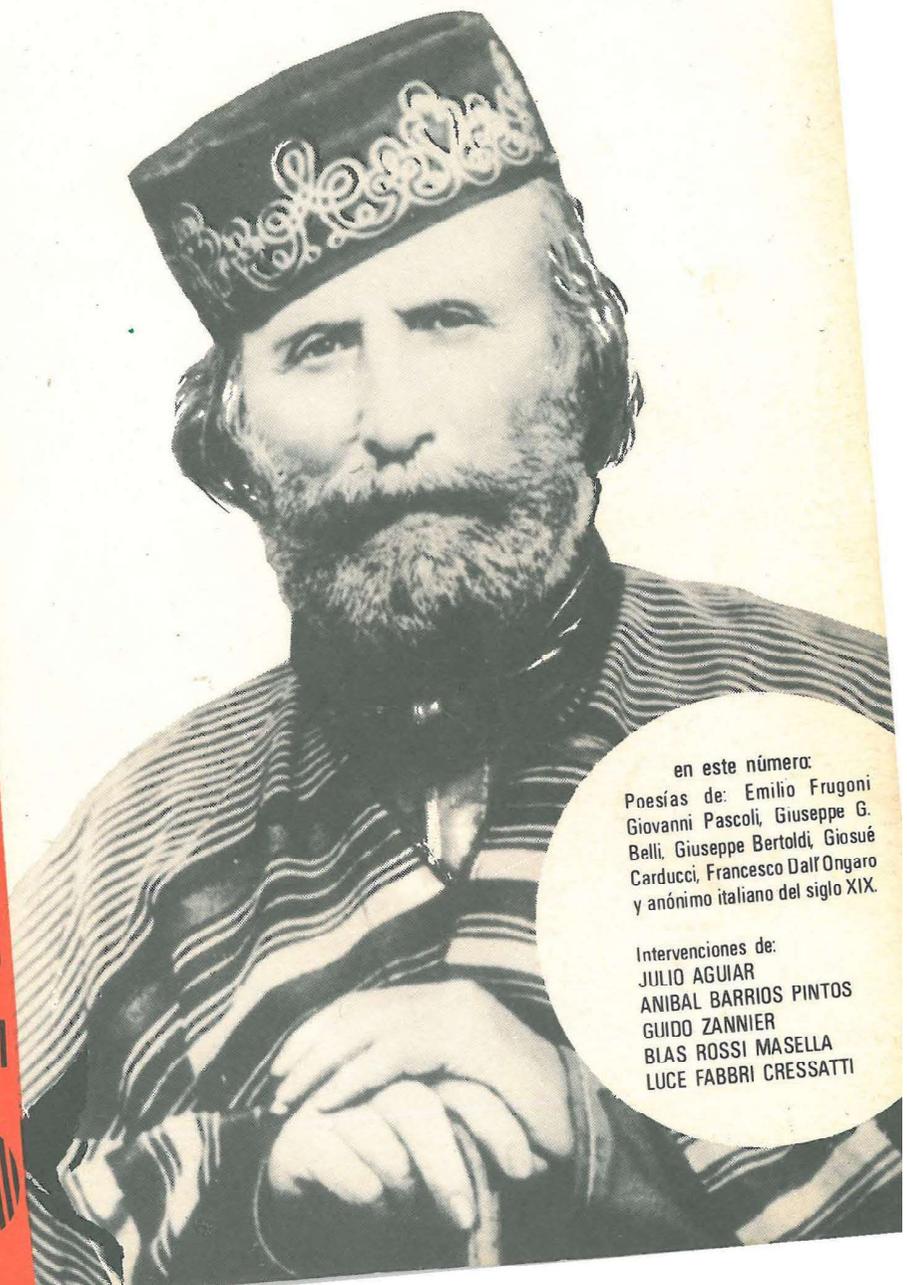
Publicación anual de la ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

AÑO I

Nº 1

Montevideo-1986

GARIBALDI
"Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero!"
José Garibaldi



en este número:
Poesías de: Emilio Frugoni
Giovanni Pascoli, Giuseppe G.
Belli, Giuseppe Bertoldi, Giosué
Carducci, Francesco Dall' Ongaro
y anónimo italiano del siglo XIX.

Intervenciones de:
JULIO AGUIAR
ANIBAL BARRIOS PINTOS
GUIDO ZANNIER
BIAS ROSSI MASELLA
LUCE FABBRI CRESSATTI

**ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO
MIEMBROS DE HONOR**

Ministra de Educación y Cultura Dra. Adela Reta
Embajador de Italia Dr. Tomaso de Vergottini

GARIBALDI

Director: Acad. Prof. Guido Zannier
Redactor Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo
URUGUAY

LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

AGRADECE

Al Ministerio de Educación y Cultura
A la Embajada de Italia en Uruguay
Al Museo Histórico Nacional
Al Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia
Al Instituto Italiano de Cultura de Montevideo

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

GARIBALDI Y EL SOCIALISMO DE SU TIEMPO

LUCE FABBRI CRESSATTI

El tema que elegí en la rica temática garibaldina se circunscribe a las relaciones de Garibaldi con el socialismo de su tiempo, concebidas dentro del tema general de esta charla colectiva, que es: "La idea de libertad en Garibaldi". No tengo la pretensión de tratar cabalmente el punto: se trata sólo de una primera aproximación a este problema que, despersonalizándolo, es el problema central de la historia europea de la segunda mitad del siglo pasado y de la de América Latina, en la primera mitad de éste.

Sus alcances se empiezan a ver en las manifestaciones obreras de junio de 1848 en París, duramente reprimidas por la joven república, en la participación de Bakunin en las jornadas revolucionarias del mismo año en Alemania y en el Manifiesto de los comunistas de Marx y Engels, que pertenece también a ese año crucial.

Proudhon, Marx y Bakunin, para citar sólo los nombres que representan las vetas principales de un movimiento complejo que va madurando a través de fuertes tensiones internas, dan características adultas a un verbo que había forcejeado en su prehistoria de principios de siglo por salir de su matriz masónico-iluminista.

Primeros frutos de esa adultez, fueron la fundación de la Primera Internacional en 1864, y la Comuna de París, en 1871.

En Italia el problema estaba objetivamente planteado por las profundas desigualdades sociales, especialmente en el sur de la península.

pero las exigencias de la lucha por la independencia y la unidad nacionales y el papel que en ella desempeñó la monarquía hicieron que el problema organizativo - con su doble posibilidad: unión o federación - y el institucional, con el dilema: monarquía-república, primaron sobre todos los demás. Por otro lado, el hecho de que el movimiento resurgimental en su conjunto se despreocupara de las condiciones angustiosas en que vivía la clase obrera y el campesinado, rodeó muchas veces de indiferencia popular las hazañas de los patriotas y hasta abrió el camino a los agentes de la reacción borbónica entre las masas campesinas del sur.

Quiso la trágica ironía de la historia que uno de los pocos socialistas conscientes entre los hombres de acción del "Resurgimiento", Carlos Pisacane, haya sido masacrado en 1857 por los campesinos en la expedición de Sapri, precursora y preparadora de la de los Mil de Garibaldi, de 1860.

Esta última tuvo, es cierto, a muchos "picciotti" (es decir, sicilianos de condición humilde) en sus filas después del desembarco en Sicilia, pero eso fue porque el carisma de Garibaldi despertó ilusiones que el posterior gobierno monárquico se encargó de disipar. Hay en las memorias un tanto noveladas de un escritor garibaldino, Julio César Abba, tituladas "Da Quarto al Volturno. Noterelle d'uno dei Mille" un diálogo esclarecedor del mismo Abba con un fraile siciliano, muy preocupado por la miseria de sus coterráneos, quien se niega a sumarse a la expedición porque ésta tiene un programa que no resuelve, y ni siquiera encara, el problema fundamental de la isla, que es la miseria y combate sólo contra los Borbones, cuando - dice el fraile - los enemigos del pueblo son los latifundistas, sin excluir los conventos. Y esto nos lleva al núcleo de nuestro tema, que es la actitud del mismo Garibaldi en este terreno.

Lo primero que hay que tener en cuenta es que Garibaldi se forma en la primera mitad del siglo XIX y, a pesar de haber mantenido abierta su mente a todos los vientos a lo largo de su vida y de haberse entusiasmado con cuanta idea nueva le salía al paso, con tal de que fuera compatible con ese núcleo primitivo, sólo éste se mantuvo firme. Podemos decir que este núcleo consistía, en primer término, en las consignas de la Joven Italia; formación de una nación italiana unida, sobre la base de la expulsión de los extranjeros y con un programa republicano y liberal. En este terreno, aun aceptando en pleno las ideas de Mazzini, incluido

el vago pero fervoroso deísmo desligado de toda religión constituida, Garibaldi no daba una importancia tan perentoria al problema institucional: para expulsar al austríaco estaba dispuesto a servir a esa misma monarquía que lo había condenado a muerte.

Menos pensador que hombre de acción, con una cultura ecléctica, en que el neoclasicismo de principios de siglo se mezclaba sin contradicciones con el romanticismo que alimentó las revoluciones de 1821, 1830-31 y 1848, encarnaba al héroe de Byron, pero, como Alfieri y Foscolo, se entusiasmaba con la historia romana y de ésta derivó, siendo un guerrero, la idea de la dictadura basada en la voluntad popular, sin ver ninguna contradicción entre esta metodología y esa aspiración a la libertad que fue la regla de su vida.

No era el único. Todos los nudos llegan al peine, tarde o temprano, dice un viejo refrán italiano. Se puede decir que los nudos del siglo pasado han llegado al peine en este siglo. Hoy hemos visto adónde lleva la dictadura y la experiencia nos hace leer mejor la historia. Garibaldi leerá la historia con el criterio de Plutarco, que es el criterio con que la leía, pongamos, aquí, Francisco Acuña de Figueroa. Esa idea de la dictadura, para él está ligada con las necesidades militares y evoca a un Quinto Fabio Máximo que, dictador en la emergencia de la invasión anibállica, se ajusta estrictamente a las leyes y depone el poder en el plazo establecido, sometiendo luego su obra al juicio de sus conciudadanos. Y no ve cómo el instituto fatalmente degenera, como degeneró en Roma, llevando a través de Mario y Sila y César, a la muerte de la república.

De ese núcleo primitivo del pensamiento de Garibaldi, que es el que orientó su acción en Brasil y en el Uruguay, en la primera fase de su vida de luchador, formaban parte un anticlericalismo que su estadía aquí no hizo sino reforzar, y un primer acercamiento (que en él tomaba a menudo la apariencia de una adhesión, pero no era más que eso: acercamiento) a las corrientes socialistas de la época, especialmente a la de Saint Simón.

El encuentro de Garibaldi con los sansimonianos y, particularmente, con Barrault, aconteció en el mar, muy tempranamente, en 1832, antes de que el joven marino, ya capitán de la marina mercante, descubriese a la Joven Italia de Mazzini. Ejercía en 1832 la subcomandancia de una

nave, "La Clorinda", en que un grupo de sansimonianos -entre otros, Barrault- en ese año se trasladó a Constantinopla.

A través de las conversaciones que se entablaron durante el viaje, el joven capitán se entusiasmó por las doctrinas sansimonianas que ayudaron a ensanchar su patriotismo "suscitando -dice Treves en su estudio sobre "La doctrina sansimoniana en el pensamiento italiano del Resurgimiento", Turín, 1973- en su espíritu un profundo amor hacia los pueblos oprimidos y un vivo deseo de reunirlos a todos en una Santa Alianza dirigida a destruir la potencia de los opresores" (pág. 26). Su simpatía por la Primera Internacional en los últimos lustros de su vida, tiene sus raíces en estos contactos juveniles con los movimientos precursores, contactos que no lo volvieron socialista, pero que lo sensibilizaron hacia las reivindicaciones sociales. Uno de sus primeros biógrafos, el buen Guerzoni, encuentra que estos influjos sansimonianos echaron en él "la semilla de aquellas ideas socialistas y humanitarias que, incubadas luego por los nativos instintos de su carácter y reforzadas en la soledad de la pampa y del océano, le ocultarán más tarde el sentido práctico de las cosas, oscurecerán de contradicciones, contrasentidos y excentricidades su heroica figura". Esta ha sido por mucho tiempo la posición de la historiografía oficial sobre las ideas socializantes de Garibaldi.

A estos entusiasmos sansimonianos siguieron su afiliación a la Joven Italia, su participación en la tentativa insurreccional mazziniana de 1834, su condena a muerte, su destierro y, en fin, el paréntesis latinoamericano de su vida, que duró doce años: desde 1836 hasta 1848.

Combatió unos años por la República de Río Grande contra el Imperio de Brasil. En un intervalo lo encontramos en Montevideo, en una primera vez, perseguido por lanchones del gobierno de Oribe y luego, oculto entre connacionales. Volvió después de la derrota de la República Riograndense para una estadía larga, de seis años, durante los cuales, como todos saben, participó en la Defensa de Montevideo durante la Guerra Grande. De todo este período, lo que más nos interesa aquí son las relaciones de Garibaldi con los exiliados argentinos y, en general, con el ambiente cultural rioplatense que se había formado poco antes alrededor de "El Iniciador" (1838-39), revista a la que estaba vinculado J. B. Cúneo y que no era más que un recuerdo cuando Garibaldi llegó a Montevideo. Cúneo, que había sido nueve años antes su introductor en la Joven Italia, en un puerto del Mar Negro, sirvió una vez más de intermediario.

Entre los integrantes de la Joven Argentina, asociación que se había formado sobre el modelo de la Joven Italia y, en general, entre la que se llamó la generación argentina de 1837, Mazzini era una figura señera, pero en ese Olimpo su nombre estaba a menudo acompañado por los de Saint-Simon y del discípulo doctrinariamente no muy fiel de este último, Pierre Leroux. Las palabras "socialismo" y "socialista" eran moneda corriente en esos cenáculos rioplatenses, con un sentido muy vago. A veces significaba simplemente "social". En el terreno estético se oponía al "arte por el arte" que caracterizó por un cierto período la poética de Victor Hugo, quien con eso provocó en el Plata un curioso malentendido acerca del contenido teórico del romanticismo.

Se hablaba de "arte socialista" en el sentido de "arte que obedece a condiciones sociales y quiere tener un alcance social".

Echeverría, a su retorno de Europa, escribe "El dogma socialista", que recoge los principios de la Joven Argentina y en el que los influjos de Saint-Simon convergen con los de Mazzini en el sentido de un humanitarismo democrático centrado en las ideas de nacionalidad y de progreso. Diría que no hay socialismo, sino una apertura hacia la emancipación de las clases desposeídas.

Ahora bien, el bagaje teórico con que Garibaldi había cruzado el Atlántico, había combatido en Río Grande y había llegado a Montevideo, era muy parecido y debía hacerlo sentir cómodo especialmente entre los más jóvenes de estos exiliados argentinos: Alberdi, Gutiérrez, Echeverría, Miguel Cané padre, y Mitre.

Si Garibaldi hubiera leído las estrofas que le dedicó aquí más tarde Emilio Frugoni, llenas de encendida simpatía, pero que marcan una distancia, que es la distancia natural del tiempo transcurrido, seguramente hubiera, amigablemente, protestado.

"¡Ah! pero no eres tú quien ahora pueda
dar el triunfo a los que firmes luchan
contra un poder que sobre el mundo queda
usurpándole a Diógenes su parte
de sol. Ellos escuchan
la voz de un ideal nuevo y fecundo,
¡Ya no es más tu estandarte su estandarte!
¡Ya no es tu ensueño el que conmueve al mundo!"

Garibaldi le hubiera dicho a Frugoni que él también soñaba ese ensueño. Lo ha dicho a sus contemporáneos y lo ha dejado escrito. Y en parte era cierto, en la medida en que una generación puede soñar los sueños de la siguiente.

Garibaldi que, en 1870, ya viejo, fue a defender la renovada República Francesa contra los prusianos, sólo por motivos de salud no acudió, poco después, al llamamiento de la Comuna de París, que le pedía el aporte de su brazo. Pero, único entre las figuras importantes del Resurgimiento italiano, le envió su adhesión fervorosa, poniéndose, por ese y otros similares motivos, en conflicto con Mazzini.

En ese entonces habían pasado 40 años desde ese primer contacto con las ideas socialistas. En esos 40 años, el problema de la independencia y de la unidad italianas había exigido todas sus energías físicas y espirituales. Después de la epopeya de Marsala y Calatafimi, después de esa conquista relámpago de las dos Sicilias dejadas luego en manos de Víctor Manuel II, la década del '60 había sido amarga para él, para sus garibaldinos, para Mazzini. Aspromonte y Mentana revelaron las antinomias profundas del proceso de unificación e independencia nacionales.

La ruptura entre la insurgencia popular y la guerra de los ejércitos permanentes, organizados al servicio de los poderosos, se hacía cada vez más evidente y, a los ojos de Garibaldi, los intereses de la nación que él soñaba y los del estado monárquico que se estaba consolidando, eran cada vez más divergentes.

Mientras tanto el socialismo había madurado por obra de pensadores como Proudhon y Marx y toda su dialéctica interna se había desplegado a través de las discusiones, de las escisiones, de las ramificaciones. Los proyectos sansimonianos habían desempeñado su papel, al igual que el owenismo y el fourierismo, pero la juventud que se acercaba al socialismo los sentía ya superados.

En 1864 se funda en Londres la Primera Internacional que encuentra en Italia un terreno ya preparado, ante todo por un movimiento obrero que había cuajado en numerosas Sociedades de Socorros Mutuos, apoyadas, en general, por Mazzini, de algunas de las cuales era presidente de honor Garibaldi, cuyo programa era moderado y reformista

pero que, bajo el apremio de la crisis económica, entra cada vez más en el terreno de la lucha de clases.

Otro caldo de cultivo de la difusión de la Primera Internacional en Italia, fueron las huestes garibaldinas en las que los episodios de Aspromonte y Mentana naturalmente produjeron efectos radicalizadores.

El distanciamiento entre Mazzini y Garibaldi, que tiene sus remotas raíces en la República Romana de 1849, se ahonda, se hace autoconciente y público, cuando entra en escena este factor nuevo de agitación social, cuyo agente principal en Italia fue el ruso Bakunin.

Mazzini vio casi desde el primer momento en la Primera Internacional un peligro. El había dado su apoyo al cooperativismo y al mutualismo obreros, pero sabía que la base social de su movimiento republicano unitario estaba en la clase media.

Ahora, a la amargura de la derrota de sus ideales republicanos a la que él mismo había contribuido haciendo primar la reivindicación unitaria sobre la institucional, se sumaba la deserción de muchos jóvenes, que veían en el olvido de la cuestión social la gran falla de todo el movimiento resurgimental. Amenazada estaba también la influencia sobre las mutualistas, que eran una forma especial de sindicatos, y sobre las cooperativas. Además, estas nuevas corrientes de transformación social se inspiraban, en general, en Italia, en la filosofía positivista, opuesta a todo misticismo. Y él era un espíritu profundamente místico cuyo lema siempre había sido: "Dios y pueblo". Podía mirar con simpatía a Saint-Simon, pero no a quienes tenían a su vez como lema: "ni Dios, ni patronos".

Su oposición a la Internacional y, más tarde, a la Comuna de París, era pues natural y una áspera polémica tuvo lugar entre él y Bakunin y, menos directamente, entre él y el binomio Marx-Engels.

El caso de Garibaldi es distinto. Dirá, en un reportaje al diario "Il Secolo": "Mi republicanismo difiere del de Mazzini por ser yo socialista", lo que no es exacto en sentido estricto, pues Garibaldi nunca condenó la propiedad privada, pero sí en sentido amplio, como tendencia a la emancipación de los explotados. Fue amigo personal de Bakunin, con quien se encontró en los congresos de la Liga de la Paz y la Libertad, en Suiza; dio su apoyo a la Internacional y exaltó la obra de la

Comuna de París, que, en cambio, había sido violentamente atacada por Mazzini.

En los últimos años de la década del '60, es decir, entre Mentana y la conquista de Roma por el ejército del estado monárquico, Garibaldi escribió y publicó una novela titulada "Clelia-Il governo dei preti", que vale literariamente muy poco, pero que refleja fielmente su pensamiento. Traduzco algunos pasajes: "¿Quién no prefiere la civilización a la barbarie, a la vida salvaje? ¿Quién no prefiere las comodidades de una buena casa (...) a las intemperies del campo, a las incomodidades y privaciones?. Pero, cuando se piensa que son pocos quienes disfrutan o, mejor dicho, monopolizan los beneficios de la sociedad civil, al mismo tiempo que tantos son los que sufren, no se puede dejar de dudar que para la clase pobre sea una ventaja la civilización actual. Y podemos preguntarnos si esa clase, que es la mayoría, no puede, a veces, desear la condición salvaje de los primitivos habitantes de la tierra, que no tenían palacios ni cocineros, ni comidas refinadas, ni atuendos, pero tampoco curas, policías, prefectos cobradores, impuestos y no les arrancaban a los hijos para llevarlos a servir los caprichos de un déspota -más o menos disfrazado de liberal- con el altisonante pretexto de servir a la patria..."(G. Garibaldi -"Clelia"-Milano s/f-pag.215-216).

Y más adelante: "¡Gobierno! ¿Se puede llamar gobierno esta agencia de corrupción? Gracias a ella el pueblo se ha reducido a ser una mitad comprada para sojuzgar a la otra, para mantenerla en la servidumbre y en la miseria.

¡Salve valiente pueblo de Méjico! Yo envidio tu constancia y tu coraje en liberar a tu hermoso país de los mercenarios del despotismo!" (Ibidem. pag. 276).

Y en otro lugar de la novela, atribuyendo a un personaje efímero y misterioso sus propias opiniones, dice, entre otras cosas: "(El "solitario") juzga que el presente sistema europeo es un burdel y que todos los gobiernos son culpables del escándalo, porque todos, antes que buscar la prosperidad de los pueblos, no hacen sino asegurarse en su posición de despotismo disfrazado o abierto. De ahí los inmensos ejércitos permanentes de tropas, de empleados, de esbirros, que devoran la producción de un país sin trabajar, con siempre renaciente apetito y con el único fruto de la corrupción (...). Así, la parte más laboriosa del pueblo se ve cargada de impuestos y privada de la mejor juventud, arrancada de los campos y de las fábricas para el ejército, con el pretexto de la

defensa de la patria, pero, en realidad, para sostener un sistema de gobierno monstruoso. Las campañas abandonadas y estériles y la población descontenta y empobrecida, son el resultado final". (Ibidem. pag. 186).

Este guerrero, que ha atravesado como un relámpago rubio la historia del siglo XIX y ha acaudillado innumerables batallas, formales e informales, en ejércitos regulares y en la guerrilla, revelando una especie de genio estratégico, era, en realidad, un antimilitarista, partidario del voluntariado circunstancial, de la nación armada al estilo suizo, según las ideas de Cattaneo, y de un acuerdo internacional que hiciera imposibles las guerras.

Le falta a su pensamiento la coherencia estricta de quien sigue un sistema.

Decidía, según las circunstancias, adherir a las iniciativas que le parecieran convenientes y esto le ha hecho caer, a veces, en contradicciones, que han sido muy exageradas por sus biógrafos conformistas, empeñados en exaltar su generosidad y buena fe, a expensas de su inteligencia y de su sentido político.

En realidad, en sus grandes líneas, su posición está decididamente orientada en el sentido de dar un carácter social a esa revolución de la que se hablaba en Italia desde principios de siglo por obra, antes, de los carbonarios y luego, de los republicanos que seguían a Mazzini.

Su adhesión a la Internacional -repito- no hace de él un socialista. En una célebre carta de setiembre de 1871 a un diario inglés, dijo que tal adhesión se debía a que él compartía el principio internacionalista de la hermandad entre todos los pueblos, la hostilidad de la Internacional hacia los curas y hacia los ejércitos permanentes y el apoyo a la Comuna de París. No compartía, en cambio, la aspiración a abolir la propiedad privada.

Pero, evidentemente, todo lo anterior le parecía más importante.

Para él esto último no era sino un detalle y no le impedía declarar, como lo hizo en otra publicación del mismo año en un diario italiano, que estaba dispuesto a combatir "por el bien de la humanidad" en favor de la Internacional, porque él -dice en una carta a Pallavicino, siempre

de 1871- quería el progreso moral y material de la clase trabajadora.

Esta actitud abierta, esta adhesión no completa, mas llena de simpatía, corresponde al carácter de este hombre que nunca se fijó en detalles y a veces jerarquizó la realidad a su manera, pero siempre fue llevado por un instinto seguro a reconocer la línea maestra de lo humano. Y como ese hombre era una poderosa fuerza histórica (todos los hombres son fuerzas históricas, pero unos más que otros), esa actitud suya tuvo consecuencias importantes. Alrededor de su acción por la independencia italiana, encuadrada, a veces, en la política oficial de la monarquía piemontesa, a veces en contra de ella, pero siempre autónoma y a menudo imprevisible, se había reunido desde su retorno de Montevideo y el papel por él desempeñado en la República Romana, una juventud ardorosa, en la que incubaba lo más notable de la Italia futura, desde ministros y generales del gobierno monárquico hasta las figuras más destacadas de la sección italiana de la Primera Internacional.

Pero Garibaldi, por lo menos a partir del momento en que en 1861, después de la gran hazaña de los Mil, volvió de Nápoles a Caprera con una bolsa de semillas, un rollo de merluza salada y sin plata en el bolsillo, estuvo siempre del lado de estos últimos, radicalizándose a medida que ellos se radicalizaban, aunque quedaba, sin darse cuenta, a una distancia de ellos difícil de franquear por razones de edad, porque su punto de partida era la Revolución Francesa y la Carbonería y su lenguaje era el del romanticismo de la primera mitad del siglo. El había forjado su estilo sobre Guerrazzi y Berchet y el estilo no es de ninguna manera un vestido que se pueda cambiar a voluntad. Cambia si cambian el alma y el pensamiento, pero ofrece a este cambio una resistencia material, la resistencia que ofrece toda cristalización.

Cuando en 1875 arreciaron en Italia las persecuciones contra la Internacional, Garibaldi la defendió en el proceso de Florencia con una declaración escrita en la que se declaraba él mismo internacionalista, aunque fundamentaba esta posición sobre la base de un genérico cosmopolitismo. En ese entonces ya se había producido la escisión de la Internacional en sus dos ramales: el marxista y el libertario, y el marxista, con sede en Nueva York estaba próximo a extinguirse (duró un año más) para resucitar más tarde, en 1889, con el nombre de Segunda Internacional. Las secciones bakuninistas en Suiza, en España y en Ita-

lia, tuvieron una vida algo más larga. Garibaldi deploraba la escisión, cuyas causas profundas se le escapaban. En la Sección italiana, que se formó durante una larga estadía de Bakunin en Italia, las principales figuras procedían casi todas de las filas garibaldinas: Fanelli, que había combatido en Roma en 1849 y había tenido una intervención, torpe y desafortunada, pero entusiasta, en la preparación de la expedición de Pisacane, Friscia, Gambuzzi, Celso Ceretti, a los 15 años garibaldino en la guerra del '59, y otros, menos conocidos, todos con una historia anterior de voluntarios en las luchas de la independencia, todos amigos de Bakunin, lo que no impidió a algunos de ellos - Fanelli, Gambuzzi y otros- que tomaran parte, con Garibaldi, en la guerra contra Austria de 1866, que tuvo como resultado la anexión del Véneto al reino de Italia.

Al año siguiente tenemos la tentativa de Garibaldi de conquistar Roma con la guerra popular, tentativa sofocada en Mentana por la intervención francesa apoyada por el mismo gobierno italiano que debía entrar en Roma con la bandera monárquica tres años después. "Mentana -dice Nello Rosselli en su libro "Mazzini y Bakunin"- marca una fecha decisiva para el desarrollo del bakuninismo y, en general, de las ideas socialistas en Italia. La derrota separa irremediamente a muchos jóvenes del gobierno constitucional (...) y, mientras agudiza su descontento, no adormece su voluntad de acción". (pags. 207-208).

La forma como se realizó la unidad nacional en 1870 produjo la misma profunda desilusión en los mazzinianos (inclusive en el mismo Mazzini, que debía morir dos años después "desterrado en su patria) que en Garibaldi y en estos jóvenes internacionalistas de origen garibaldino. Y alrededor de ellos, como consecuencia de su propaganda, que se perfilaba, aunque centrada en un ideal distinto, como la continuación natural del aspecto liberal del Resurgimiento, se reunieron otros jóvenes. Todos ellos juzgaban superados a Mazzini y a Garibaldi, pero siguieron sus métodos.

Las tentativas que se realizaron con la bandera de la Internacional para provocar una insurrección socialista entre las masas campesinas del sur de Italia en 1874 y en 1877, se organizaron sobre el modelo de la de Pisacane y de las de Garibaldi, una de las cuales había tenido, en 1860, un rotundo éxito y, miradas a la distancia de un siglo, aparecen como su continuación, a pesar de que esos jóvenes enarbolaban otra bandera; bandera que, por otra parte, el viejo Garibaldi declaraba aceptar.

En la última década del siglo XIX y en el nuevo siglo, prevaleció sobre ese socialismo insurreccional, otro socialismo más ligado al proletariado urbano. La revolución socializadora siguió siendo la consigna, pero su metodología se desplazó hacia la huelga general. El contraste entre la vieja y la nueva metodología, que es un contraste de mentalidades o, si queremos, un contraste generacional, se refleja en la película de los hermanos Taviani que se proyectó no hace mucho en Montevideo: "San Michele aveva un gallo".

Paralelamente estaba cambiando la cara de Europa.

Para entonces Garibaldi había muerto y su nombre se había transformado en un mito. Pero la importancia de su figura en los comienzos de este proceso es innegable. Me atrevería a decir más: pienso que su ardiente fervor por la libertad, que tiene su origen en la "Joven Italia", pero que adquirió aquí, en América del Sur, ese aliento amplio y robusto que caracterizó luego siempre su acción, contribuyó a hacer que los jóvenes internacionalistas italianos que se formaron a su lado, siguieran en la nueva organización la corriente libertaria y no la marxista, para bien o para mal, según las opiniones.

Y, con esta hipótesis, inserto estas palabras más en el tema general de esta nuestra conversación, que es: "La idea de libertad en Garibaldi".

"Casa de Garibaldi"

Vaya el saludo de nuestra Asociación para los amigos representantes de "Casa de Garibaldi" y nuestro recuerdo a sus fundadores, con cuyo esfuerzo hicieron posible, en su momento, la recuperación de la casa en la que vivió el Héroe en nuestra ciudad, transformada en museo, para ser venerada por las generaciones actuales y futuras.

INDICE

	Pág.
- Nuestros propósitos	1
- 20 de Setiembre de 1985	3
- Aníbal Barrios Pintos: "Garibaldi en la Tierra Purpúrea"	8
- Programa	27
- Recital Poético y concierto	29
- Emilio Frugoni: "Oda a Garibaldi"	30
- G. G. Belli: Dos sonetos	36
- G. Bertoldi: Dos estrofas	41
- Anónimo: "Grido di guerra di Pio IX"	43
- Dall' Ongaro: Fragmento de "C'era Pio IX"	46
- G. Carducci: "A Giuseppe Garibaldi"	48
- G. Pascoli: "Manlio", de "Odas e Himnos"	52
- Mesa Redonda: "La idea de libertad en Garibaldi"	56
- Guido Zannier: "Garibaldi y el ideal de libertad"	57
- Blas Rossi Masella: "Garibaldi: expresión de libertad"	62
- Luce Fabbri Cressatti: "Garibaldi y el socialismo de su tiempo"	74

Esta revista se terminó de imprimir en los talleres de IMPRENTA NACIONAL en el mes de junio del año 1986

Se autoriza la reproducción total o parcial del material contenido en esta publicación, citando su procedencia.

Queda hecho el depósito legal N° 210.215

Comisión del papel - Edición amparada en el artículo 79 de la ley N° 13.349